

---

## La experiencia homosexual

Cuando una guarda en su memoria la experiencia adolescente de haberse sumergido clandestinamente en los libros de psicología en busca de “explicaciones” sobre su “peculiar” vida amorosa, no es raro que una haya desarrollado una suspicacia intensa y duradera respecto a los libros sobre el tema de la homosexualidad escritos por cualquiera de los “expertos” de las “ciencias del comportamiento”. Si esto ocurrió hace más de veinte años, es muy probable que las alternativas que esa experiencia planteara fueran: 1) o resignarse a vivir en silencio en calidad de víctima de un desarreglo hormonal, de un tropiezo en la orientación psico-sexual o simplemente de una broma pesada del destino; 2) o darles una oportunidad a los choques eléctricos de “corregir” nuestra condición de “error de la naturaleza”; 3) o salir a buscar las respuestas a ese “escabroso” tema en el terreno de la literatura, la historia, la antropología, o de los espacios que abrió el movimiento feminista para el debate y la politización del tema de la sexualidad.

Habiendo sobrevivido a la experiencia por “la tercera vía”, de-

sarrollé el hábito de abordar este tipo de textos siempre con la espada desenvainada y, en un momento dado, simplemente los sustituí por otro tipo de lecturas. Es en este contexto que hace algunas semanas recibí la llamada de Laura Lecuona, coordinadora editorial de Paidós, para presentar un nuevo libro sobre *La experiencia homosexual*, escrito por una brillante psicoterapeuta. “¿Será ésta una nueva oportunidad para la *vendetta* histórica?”— me pregunté a mí misma. “No” —me respondí a mí misma— “si está mi querida Laura Lecuona de por medio.” Ante el escepticismo que le sugería mi silencio profundo por el teléfono, Laura se apresta a asegurarme: “ya verás que éste es un libro diferente”. Mis prejuicios comenzaron a desvanecerse cuando me mencionó el nombre de la autora, a quien yo había conocido años atrás, ante todo como una flautista sorprendente. Y fue la lectura misma del libro la que me convenció de que, en efecto, se trataba de “un libro diferente”. Lo que quisiera hacer entonces es esbozar brevemente por lo menos algunos de los elementos del libro de Marina Castañeda que, yo creo, renuevan significativamente el debate en torno a “la experiencia homosexual”.

Como sabemos, miles —literalmente miles— de libros se publi-

caron a lo largo del último siglo sobre al tema de la homosexualidad por parte de las autoridades psiquiátricas y psicoterapéuticas. A partir de finales del siglo XIX, en que la medicina comenzó a reemplazar a la iglesia como formadora de opinión pública en torno al tema de la sexualidad, psicólogos, médicos y sexólogos iniciaron una disputa —irresuelta hasta la fecha, como también sabemos— en torno a “las causas” de la homosexualidad.

Marina Castañeda les da un contexto histórico a estos alegatos, hace su revisión crítica y pregunta de entrada: “¿Por qué es tan necesario conocer las razones de la homosexualidad? Después de todo, ningún heterosexual se pregunta por qué lo es, y al indagar la historia de un paciente, a ningún psicólogo o psicoanalista se le ocurriría averiguar las raíces históricas de su heterosexualidad. Las causas de una u otra orientación sexual sólo vienen al caso cuando ésta se percibe como anormalidad o deficiencia. Una persona saludable rara vez se pregunta por qué está sana, pero una persona enferma se pregunta continuamente por qué lo está. De modo que la interrogante no es sencilla: está cargada de presuposiciones sobre la homosexualidad —y probables culpas— que deben hacerse explí-

cas y someterse a examen para saber si se trata, o no, de una pregunta válida.”

Al establecer que han sido la fuerza histórica del paradigma de la heterosexualidad y el prejuicio —y no los “fundamentos científicos”— los que han patologizado a la disidencia sexual, la autora introduce la cultura del reconocimiento de la diversidad sexual (que el arco iris de la portada propone) como su campo de reflexión. Mi lectura del itinerario de este libro es, en pocas palabras, una persistente invitación a una nueva comprensión de la diversidad sexual; una que descentra desde múltiples perspectivas a la heterosexualidad como fuente de evaluación y origen de las definiciones, para colocarla como una forma más de las expresiones sexuales, a su vez “diversa”, en efecto y por definición, de las “diversas”.

Quizás uno de los efectos más nefastos de la patologización de la disidencia sexual, más allá de las atrocidades “terapéuticas” que se han cometido bajo su auspicio, ha sido la desautorización, tanto en la esfera “privada” como en la “pública”, de las voces de las lesbianas y homosexuales. En ese sentido, no es casual que uno de los primeros pasos que el movimiento contemporáneo por el derecho a la di-

versidad sexual identificó como indispensable para conquistar su capacidad de ser escuchado por el resto de la sociedad haya sido el de impugnar y deconstruir la noción de que la homosexualidad era un “trastorno”, una “enfermedad”.

La decisión de la autora de construir el contenido de este libro a partir de la investigación y de la exploración del universo subjetivo de lesbianas y homosexuales de carne y hueso revierte una práctica de años, en la que los “especialistas” se dieron a la tarea de hablar por ellos y de “explicar” su existencia. Convertidos en el transcurso del último siglo en *objetos* de estudio, el trabajo de Marina Castañeda convierte a las lesbianas y homosexuales en *sujetos* autorizados para nombrar la realidad, capaces de describir el mundo. Es a través de la validación de su “experiencia de la homosexualidad” que el libro explora los efectos del aislamiento y la invisibilidad social, “las vicisitudes del clóset”, el papel de la amistad y la sexualidad en las relaciones homosexuales y lo que son —o pueden ser— las familias de elección.

Otra contribución notable del libro me parece el señalamiento que hace la autora de los *gays* y lesbianas como “un ejemplo pa-

radigmático de lo que significa formar parte de una sociedad y, simultáneamente, vivir al margen de ella”, con sus ventajas y desventajas, y en función de la creación de cultura y la producción de conocimiento sobre la sociedad.

Como socialmente se asume automáticamente que todo mundo es, “por naturaleza”, heterosexual, muchos jóvenes *gays* crecen con frecuencia como espías involuntarios de un mundo que presupone que somos “como todos los demás”, que nos educa de acuerdo a convenciones y tradiciones que, en última instancia, nos excluirán y que nos enseña, por lo general, a despreciar a las personas en que nos convertiremos. “Mientras que los heterosexuales no tienen por qué hacerse preguntas sobre su heterosexualidad,” señala la autora, “pues la perciben como lo natural y algo dado desde siempre”, los *gays* y lesbianas se enfrentan al reto de construir una narrativa sobre su vida que le dé sentido y congruencia, en un ambiente hostil que los invisibiliza y los distorsiona. Es quizás este desafío el que brilla en el epígrafe de Marcel Proust que inaugura el libro: “Aquello que no tuvimos que descifrar, que esclarecer por esfuerzo propio, aquello que ya era claro desde antes, no nos pertenece”. Y es posible-

mente a partir de esa misma certeza que Pier Paolo Pasolini escribía en sus notas autobiográficas: “Aquéllos que, como yo, han tenido por destino no amar según las normas, terminan por sobrevalorar el problema del amor. Un hombre normal tal vez pueda resignarse —qué palabra tan terrible— a la castidad o a las ocasiones perdidas; pero en mí, la dificultad de amar ha transformado en obsesión la necesidad de amar”.

Se puede decir entonces, en términos generales, que la gente gay se apropia de su identidad personal y colectiva a base de contender con las realidades que nos asfixian y de explicitar las que aspiramos a construir, en un escenario donde pocas cosas están dadas por sentadas.

Divers@s autores, desde Peter Berger y Thomas Luckmann hasta Monique Wittig, han señalado ya cómo toda visión del mundo está construida socialmente y, en ese sentido, es una “conspiración”, en la que una realidad histórica concreta se da por sentada como universal. Con frecuencia, esta visión particular de la realidad, investida de verdad universal, nos impide concebir nuevas formas de vivir y de organizar la sociedad. Y es generalmente sólo cuando nos movemos de un mundo social a otro

que interrogamos las suposiciones más básicas sobre nuestra visión del mundo.

En este sentido es que Marina Castañeda nos asegura que no todo está perdido cuando uno llega sin el “instructivo” adecuado para la vida —o con la vida equivocada para el instructivo heterosexual. “Precisamente porque no existen reglas del juego ni modelos obligatorios”, anota la autora, “los homosexuales tienen cierta libertad de movimiento que es poco común en la heterosexualidad... Desligados de los compromisos convencionales del matrimonio y la familia, pueden reinventar continuamente su estilo de vida y renegociar las reglas de sus relaciones. Todo esto permite que los homosexuales generen visiones alternativas de la sociedad, y experimenten con nuevas modalidades del amor, la sexualidad, la amistad y la familia”.

En su creativa búsqueda de los aspectos edificantes de “la experiencia homosexual”, Castañeda también nos recuerda otro de los rasgos distintivos de la cultura *gay*: el humor; y cita a Arthur Koestler, quien también relaciona la creatividad y la capacidad de ejercer la ironía con la facultad para moverse y expresarse en dos o más niveles a la vez. Importantes autoras de la teoría feminista, por su parte,

han expuesto el humor *gay* como una comprensión profunda de la teoría del género. La “perspectiva de género”, con frecuencia resumida como “la búsqueda de la igualdad de derechos y oportunidades para hombres y mujeres”, surge originalmente de la crítica radical a la representación arbitraria de la “femineidad” y la “masculinidad”, y al sistema de valores y prácticas discriminatorias que conlleva.

El uso oficial y reducido de la noción del “género” ha eclipsado pues la riqueza de su contenido original, mientras que en la comunidad *gay* subsiste su crítica, más arraigada posiblemente en el conocimiento vivencial que en la elaboración teórica de quien vive transgrediendo las limitaciones, cada vez más evidentes, de los roles “masculino” y “femenino”. Así, Judith Butler señala, por ejemplo, que existen, como parte de la cultura de la resistencia homosexual, toda una serie de prácticas gestuales y verbales que han convertido en tema de juego “lo normal”, “lo natural”, al colocarlo en contextos paródicos y resaltar el carácter de representación, de *performance*, de los comportamientos de la sexualidad (supuestamente) “verdadera” y “original”. (Lo que muchas veces llamamos, simplemente, “jotear”.)

La antropóloga Esther Newton, por su parte, pone en duda la presunta integridad ontológica de cada uno de los llamados “sexos opuestos”. Newton sugiere que el travestismo, interpretado desde el discurso de la heterosexualidad como una imitación, como un intento de “representar” al género femenino, no es más que una parodia de la noción misma de que exista un “original”, al establecer un juego entre la anatomía del representante y el género.

En pocas palabras, es a veces sólo desde estos espacios de juego de la cultura *gay* que se entiende cabalmente que el género ES un simulacro. (O en más pocas palabras, que todas somos, en última instancia, “vestidas”, pues —o “vestidos” para el caso.)

Para terminar, y como “madre de familia”, me gustaría retomar la cuestión de las nuevas experiencias de la familia que han generado las lesbianas y homosexuales.

“No cabe duda”, afirma Castañeda en su prefacio, “de que las instituciones tradicionales del matrimonio y la familia atraviesan por una crisis, así como la relación entre los sexos y la definición misma del amor. Muchos de nosotros nos hemos hecho preguntas sobre formas alternativas para la pareja. Otros hemos explorado diferentes formas de co-

municación y de compromiso, que nos brinden relaciones más íntimas e igualitarias, pero que a la vez preserven nuestra libertad individual...¿Qué formas puede tomar la pareja cuando el matrimonio no es ya el único modelo posible? ¿Qué otras posibilidades hay para el amor, la amistad y el sexo entre dos personas?... Todos estos temas se han vuelto cruciales para todo mundo."

En efecto, la reconstrucción del mundo de la(s) familia(s) es un debate que hoy tiene una resonancia emocional entre los *gays* y lesbianas que antes no tenía. La epidemia del sida, que ha afectado de una manera especial a los hombres homosexuales, nos ha acercado, tanto a la enfermedad y a la muerte, como a la solidaridad y a la fuerza de nuestras familias de elección —pese a que éstas todavía carecen de realidad legal, lo cual ha tenido consecuencias personales devastadoras para muchos/as.

Por otra parte, las nuevas tecnologías reproductivas, el acceso a la inseminación asistida (que no "artificial"), la gestación de una nueva cultura reproductiva y de una nueva reflexión social sobre el significado de la maternidad/paternidad como un fenómeno eminentemente social, nos han llevado a un número creciente de

mujeres lesbianas a la experiencia de la maternidad y a la creación de familias alternativas, pese a la ausencia de apoyos legales y a los vigorosos prejuicios sociales al respecto.

No puede dejar de mencionarse hoy en día que, en el clima de confusión e incertidumbre que está marcando la transición al nuevo milenio, estas nuevas "experiencias homosexuales" han desatado el pánico de la oposición conservadora, que ha señalado la creciente visibilidad desculpabilizada y feliz de *gays* y lesbianas como una amenaza a los "valores familiares" y nos ha identificado como los responsables de la "desintegración familiar". Ciertamente, vivimos un momento histórico en el que la familia nuclear tradicional, encabezada por dos personas del "sexo opuesto", se empieza a asociar públicamente con graves problemas morales, como el abuso sexual infantil, la violación dentro del matrimonio, la violencia doméstica en general, y muchas otras formas de desigualdades e injusticias. (Y tampoco debemos olvidar que hace ya más de medio siglo se nos había advertido también que "todo lo nuclear tiende a explotar".)

En este contexto, sigue vigente la necesidad de fortalecer un mo-

vimiento social que continúe abriendo espacios para el ejercicio digno de la sexualidad en toda su riqueza y su diversidad. Un reto ineludible será sin duda renovarnos intelectualmente, recuperar nuestra memoria histórica y poner a prueba nuestra imaginación y nuestra audacia política. Otro reto será rehabilitar una cultura sexual en la que continúa instaurada “la hipocresía como visión compartida del mundo” (Monsiváis *dixit*).

Estoy convencida de que la viabilidad política de un movimiento social por el derecho a la diversidad sexual dependerá de nuestra capacidad de convencer al resto de la sociedad de que “la experiencia homosexual” ya no puede seguir

entendiéndose como el problema periférico de un grupo reducido de degenerados, que merece una dosis adicional de simpatía y tolerancia, sino como una pregunta central en torno a cómo entendemos el ejercicio de la ciudadanía, la justicia social, los derechos humanos y la convivencia democrática.

Tengo también la convicción de que un libro “diferente”, como éste, resultará una herramienta invaluable en este proceso.

**Claudia Hinojosa**

Marina Castañeda, *La experiencia homosexual / Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*, Paidós / Contextos, México, 1999.